

Carlos Alberto Rezzónico

El primero de enero de 2013, se iluminó el cielo, entró en él un gran maestro, llevando consigo su sabiduría, la que nos supo brindar con humildad, sin mezquindades ni egoísmo, transmitiéndonos el respeto al derecho y el amor al notariado, al cual brindó su vida.



Estuvo siempre dispuesto a transmitirnos con generosidad y calidez todos sus conocimientos, sin soberbia. Fue un señor, incondicional amigo, probo escribano. Sus respuestas a nuestras consultas fueron siempre claras, perfectas.

Nos ha dejado físicamente, pero permanece y permanecerá en nosotros, con su conducta intachable, su calidez y, sobre todo, su humildad y paciencia. Un ejemplo de vida, que dejó en nuestros corazones un enorme vacío, muy difícil de llenar.

El escribano Rezzónico nos daba clases a casi cuarenta colegas, tanto autorizantes como referencistas (los días martes, miércoles y jueves, en cuatro escribanías, dos clases por mes en cada una), y solucionaba los problemas que cada uno le planteaba. Siempre les encontraba solución. También contestaba por correo electrónico, cuando la urgencia lo requería.

Siempre dispuesto, siempre presente. No tengo palabras para describir tanta bondad. Amaba la docencia y nos facilitaba libros, jurisprudencia, conclusiones de jornadas y congresos. Estaba siempre al día. Iba a cumplir 90 años de vida y estaba tan lúcido, tan brillante, que no lo podíamos creer.

Para nosotros, sus alumnos, y para muchos que lo rodeaban, es una pérdida irreparable. ¡Adiós, maestro, nunca te olvidaremos!

LUZBELIA BILLORDO

Hoy es un día triste: comenzamos el año despidiendo a nuestro querido amigo, el escribano Carlos Alberto Rezzónico. Amigo leal, serio, honesto, investigador minucioso de la historia de Buenos Aires, autor de importantes trabajos y libros que perdurarán en el tiempo, generoso para brindar sus conocimientos y, fundamentalmente, una persona noble y buena. Todos los que compartimos con él nuestras comunes aficiones no podemos disimular la tristeza que nos embarga en este momento.

ARNALDO CUNIETTI

Carlos Alberto Rezzónico estuvo inscripto en nuestro Colegio desde el año 1949. Fue adscripto y titular de un registro notarial y, durante años, inspector de protocolos. Fue asesor jurídico-notarial del Colegio e integrante del Instituto de Investigaciones Históricas Notariales y miembro de la Orden Medalla de Oro Notarial.

Encontré dieciséis artículos firmados por él en la *Revista del Notariado*, de los cuales doce fueron hechos en los últimos diez años. Todos históricos, todos muy buenos.

Era un hombre amable, culto, educado, con quien era un placer hablar de cualquier tema. Amaba el derecho y la historia.

Hace muchos años, cuando aún lo conocía poco, yo estaba escribiendo un artículo en nuestra *Revista* titulado “Las casas del Colegio”. Un día le comenté que no podía sacar una fotocopia en el Archivo General de la Nación sobre la manzana donde está el Colegio –en esa época, era ocupada por una cervecería– porque el plano estaba en muy mal estado. Unos diez días después, recibí en mi oficina una copia dibujada del plano: él se fue al Archivo, la dibujó y me la mandó. En ese momento nos conocíamos poco, es fácil imaginar cómo sería con sus amigos.

Ciertamente, ya lo estamos extrañando.

ÁLVARO GUTIÉRREZ ZALDÍVAR

Con hondo pesar hemos recibido la noticia de su desaparición física el primer día de 2013, pocos meses antes de cumplir los 90 años.

Nació en la Ciudad de Buenos Aires. Dedicó su vida a su familia, a su profesión y a la investigación de la historia porteña. Egresado del Colegio Nacional de Buenos Aires, estudió aboga-

cía y notariado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, para luego obtener un doctorado en Notariado en la Universidad del Salvador.

Sus investigaciones sobre la historia de Buenos Aires se destacan por la rigurosidad en la consulta de las fuentes, especialmente en los temas que tienen que ver con las viejas quintas, cuyos fraccionamientos dieron lugar a los barrios más populosos de la ciudad porteña. Muchos de los que nos dedicamos a desentrañar tales historias recurriamos a él para completar nuestras indagaciones. Fiel a su profesión, también se ocupó de la historia del notariado y su antiguo cuerpo profesional.

Formó parte de numerosas instituciones dedicadas a estudiar el pasado de Buenos Aires y sus barrios, como las juntas de estudios históricos de Almagro, Caballito, la Recoleta, Balvanera y el puerto, y ocupó cargos directivos en algunas de ellas. Fue miembro fundador de la Academia de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, integrante del Instituto de Historia Notarial y vicepresidente de la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires. Fue miembro honorario de la Junta de Estudios Históricos de la Recoleta y de la Junta de Estudios Históricos de Villa Ortúzar y presidente honorario de la Junta de Estudios Históricos de Balvanera. En 2004, fue distinguido como “historiador porteño” por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

Publicó dos documentados libros: *Carlos Spada, médico y filántropo* (1988) y *Antiguas quintas porteñas* (1996); folletos: entre ellos, “Algunos vecinos de Balvanera”, “Mirando hacia atrás... Efemérides del barrio de Balvanera” y “Tres desaparecidas capillas del barrio de Balvanera”; y artículos en revistas especializadas: por ejemplo, “Historia del Hospital Italiano”, “El ingeniero Bateman y el puerto de Buenos Aires”, “Réquiem para una Costanera”, “El puerto y la higiene. Bosquejo de una normativa durante los siglos XVIII y XIX”, “Las quintas de los Alén”, “La llamada Quinta de Liniers”, “Un personaje singular de Buenos Aires: el martillero Hermenegildo Baizán”, “Quinta de Vermoelen en el barrio de Balvanera”, “Historia de un inmueble del barrio de San Nicolás”, “La quinta de Vélez Sarsfield en el barrio de Almagro”, “El escribano Pantaleón Gómez”, “Escribanos de registro en los mercados”, “Los escribanos en la época del gobernador Láziz”, “Los escribanos Eufasio J. Boyso y Tomás J. Boyso 1769-1832”, “La muerte del escribano Alejandro Araujo y una extraña solución jurídica”.

Se fue un gran amigo, que siempre se manifestó dispuesto a entregar sus propias investigaciones, con generosidad, sin ningún tipo de reservas, y sin el interés de que que dejáramos asentada su ayuda en nuestros trabajos. ¿Cuántas veces en el Homero Manzi de San Juan y Boedo compartimos investigaciones e información con Arnaldo Cunietti-Ferrando, Luis Cortese y Mario Tesler? ¿Y cuántas otras tantas veces nos habremos peleado en el café Margot cuando armábamos la revista *Historias de la Ciudad*, que habíamos fundado junto a Cunietti, Cortese, Fernando Sánchez, Zinny y García Rozada? Conmigo mantenía una vieja polémica: “nosotros, los que nos dedicamos a estas *pequeñas historias*, ¿somos realmente historiadores?”, dudaba. Yo le respondía que éramos, al menos, *barriólogos* y sonreía con esa mueca amistosa que siempre alimentó al grupo. Siempre se mostró generoso, activo y lleno de proyectos, hasta el último suspiro de su vida, que acaba de apagarse, cuando aún teníamos un montón de cosas por hacer. ¡Chau, Carlitos!

ÁNGEL O. PRIGNANO

Mientras se editaba este número recibimos más cartas y notas sobre el escribano Rezzónico, de parte del Instituto de Investigaciones Históricas del Colegio de Escribanos de la Ciudad de Buenos Aires y de la Junta de Historia del Camino Real, de las que dejamos constancia por no poder transcribirlas.